

antichisti di Varsavia» (pp. 201-212), sobre filólogos sin capítulo propio. Los tres primeros docentes de la UV en 1915 fueron Ryszard Ganszyniec (1888-1958), formado en Alemania, profesor de griego de 1915 a 1917; Michał Rowiński (1860-1925), que estudió en la Universidad Imperial de Varsovia –rusa–, profesor de latín; Michał Kreczmar (1881-1939), primer profesor de historia antigua, formado en Varsovia, Munich y Moscú, y renovador de la disciplina. Stefan Cybulski (1858-1937), gran divulgador de la antigüedad, especialmente con sus tablas didácticas, sus cursos universitarios y sus escritos científico-didácticos. Kazimierz Zakrzewski (1900-1941), catedrático de historia bizantina que escribió, sobre todo, de las causas de la decadencia del mundo antiguo. Władysław Witwitcki (1873-1948), aunque profesor de psicología, se destacó por sus traducciones de Platón. Stefan Czarnowski (1879-1937), catedrático de historia de la cultura y, aunque celtista, se ocupó sobre todo de la antigüedad clásica.

Pueden considerarse dos generaciones de estudiosos: los que estudiaron en otros centros y llegaron a la UV reconstituida después de 1915 –sólo indirectamente sucesora de la Universidad Real (1816-1831) y de la Escuela General (1862-1869)–, y los que estudiaron ya en centros de la Polonia independiente después de la I Guerra Mundial, más los que se licenciaron en la UV tras 1945. Como profesores, unos provenían de otras universidades

–Lwów y Cracovia sobre todo–, otros de centros de enseñanza media varsovianos. Después de ser un centro vivo, activo en los estudios de la antigüedad clásica, la II Guerra Mundial obligó a comenzar de nuevo –muchos profesores habían muerto, otros, refugiados, no volvieron del extranjero–, pero los que quedaron lograron continuar la tradición y alcanzar el excelente nivel actual.

El libro coordinado por I. Biezuńska-Małowist proporciona utilísima información sobre la filología clásica polaca contemporánea, con sus dos capítulos introductorio y conclusivo y con los perfiles de esos catorce humanistas del siglo XX –cuyos retratos se nos dan en ilustraciones fotográficas aparte–, completados además por útiles notas bibliográficas sobre los autores o de sus obras al final de cada capítulo. Es un eficaz instrumento para conocer parte de la historia de la filología clásica de Europa Central.

F. J. JUEZ GÁLVEZ

IBO ALFARO LAFUENTE, MANUEL, *La flor de Marruecos*. Edición y estudio de Julián Bravo Vega, Navarra, EUNSA, 1998, Anejos de RILCE, n.º 22.

Manuel Ibo Alfaro (1828-1885) es uno de esos curiosos escritores

españoles que en el siglo XIX combinaban actividades docentes y editoriales, un afán de erudición histórica, apasionadas investigaciones sobre su tierra natal y un prurito de literatos deseosos de dar a conocer las leyendas y la historia locales a través de sus novelas, al tiempo que «instruir» acerca de la historia y la moral a jóvenes de las clases medias. Formado, como tantos otros escritores del período realista, en las lecturas románticas de su infancia y juventud, Ibo Alfaro permanece anclado en unos moldes ya en decadencia cuando comienza a publicar sus primeras obras, y, a diferencia de alguno de los grandes escritores decimonónicos nacidos por las mismas fechas, como Juan Valera (1824-1905), carece de la curiosidad y el conocimiento directo tanto de los estudios filológicos e históricos como de las tendencias que imperan en Europa y concibe sus obras al modo antiguo, lo que las hace pasar sin pena ni gloria en medio de la gran eclosión realista y quedar en el olvido. Nos encontramos, pues, ante un autor nacido demasiado pronto, o demasiado tarde, pero bastante interesante para comprender mejor la realidad de un momento de nuestra historia literaria y algunos de los géneros narrativos «menores».

Con la excepción del «Bosquejo bio-bibliográfico acerca de Manuel Ibo Alfaro», de Florentino Zamora Lucas, que acompañaba su edición de *La Virgen de la Llana y El cautivo de Peroniel* (Madrid, Gráficas González,

1944) –por otra parte totalmente desapercibida–, y alguna otra aproximación, Manuel Ibo Alfaro Lafuente no parece haber despertado el interés hasta los años 90. Hoy, sin embargo, los estudiosos del siglo XIX, y, especialmente de la novela histórica, contamos con datos suficientes acerca de este escritor, gracias al número monográfico de *Piedralén* (n.º 9, 1997) y, sin duda, a los trabajos de Julián Bravo Vega.

Este libro, fruto de una investigación minuciosa, sitúa al autor riojano en el contexto de la novela histórica española del siglo XIX con precisión y cariño evidentes.

Manuel Ibo Alfaro fue autor de novelas históricas de corte romántico cuando, ya superada la fiebre del primer romanticismo, las publicaciones periódicas siguen alimentando la avidez de un público lector más o menos popular por este tipo de obras. A él pertenecen *La bandera de la Virgen del Monte o La mora encantada*, de 1856, y su segunda versión ampliada, *La mora encantada o La bandera del amor*, de 1859, ambientadas en el castillo árabe de su Cervera natal, sobre la leyenda de la mora enamorada de un cristiano que inspiraría también, en 1863, la leyenda de Bécquer titulada *La cueva de la mora*, así como *Adolfo, el de los negros cabellos* (1847), *La flor de Marruecos* (1875), *Cuatro días brillantes de Castilla* (1876) y otros relatos aparecidos en publicaciones periódicas, entre los que destacan *La espada encantada*

(1856), sobre el joven Felipe II, y *Una lágrima por las ruinas de Numancia* (1856).

Publica, además, artículos de divulgación histórica, como «Íncrita orden militar de San Juan de Jerusalén (1857) o «El turbante. Estudios históricos» (1857), al tiempo que, estimulado por las ruinas, cruces de piedra y castillos abandonados de las tierras de La Rioja y Soria, pone por escrito, siempre en moldes románticos, cuentos, leyendas y tradiciones que viven en la memoria o en la imaginación de las gentes del lugar, como *El fantasma de Maseboso* (1855) –*Masegoso* en ediciones posteriores para ceñirse a la toponimia– y *La cruz de los amantes* (1857).

En 1862 funda Ibo Alfaro un Establecimiento Literario y Tipográfico con sede en el número 29 de la madrileña calle Ancha de san Bernardo, donde tiene también su domicilio, y comienza a publicar el primero de los tres tomos de *La corona de laurel: Colección de biografías de los generales que han tomado parte en la gloriosa campaña de África*. Enseguida adquiere la antigua imprenta de Joaquín René, en la Travesía de la Parada, número 8, de cuyas prensas salen, en el mismo año de 1860, los dos tomos restantes de *La corona de laurel*, la versión completa de *Una lágrima por las ruinas de Numancia*, una reedición de *Adolfo, el de los negros cabellos* y una colección de novelas sentimentales que comprende *El tulipán florido o La joven misteriosa*, *La*

Virgen de la Llana o El cautivo de Peroniel y Ricardo y Felisa. Episodio de las fiestas del Pilar de Zaragoza.

De esta imprenta surgen también, fruto de la asociación de Ibo Alfaro con Manuel Gómez Vera, obras de otros autores, como la ópera de Rossini *El barbero de Sevilla* (1860), las *Fábulas en verso castellano* de Miguel Agustín Príncipe (1861-62) o la traducción de las *Lamentaciones* de Jeremías, hecha por su hermano Timoteo Alfaro (1862). Pero esta empresa editorial fracasó y la sociedad se disolvió en 1862 y el escritor riojano centra entonces su actividad en la redacción de manuales y compendios dedicados a la docencia, de materias tan diversas como aritmética, geografía e historia de España y universal, actividad con la que inicia su formación como historiador en el estudio de la *Historia General de España*, de Modesto Lafuente, la *Historia de la Dominación de los Árabes en España*, de José Antonio Conde y la *Historia Universal* de Cesare Cantú.

La obra histórica de Ibo Alfaro, razonadamente defendida por Julián Bravo Vega en este trabajo, se centra, no obstante, en la historia de España contemporánea, en la que destacan, entre 1861 y 1869, una serie de biografías de generales y políticos como O'Donnell y Serrano, la ya mencionada *Corona de laurel* y *La historia de la interinidad española*, de 1871-72, de la que apunta Julián Bravo una posible «dependencia galdosiana», pues, «un repaso en para-

lelo (si bien epidérmico) de las obras de ambos autores ofrece coincidencias más que sospechosas» (p. 44), a pesar de que H. Hinterhäuser no las haya recogido en su pormenorizado estudio de *Los «Episodios Nacionales» de Benito Pérez Galdós* (Madrid, Gredos, 1963).

En 1875 retoma de nuevo Ibo Alfaro su actividad como novelista y produce otras dos novelas históricas, *La flor de Marruecos* (1875), sobre la huida del joven Abderramán I desde Damasco hasta la Península Ibérica y la fundación del califato andalusí, y *Cuatro días brillantes de Castilla* (1876), que novela cuatro secuencias de la formación de este reino y del imperio español.

Pero no es la novela histórica el único género cultivado por el riojano, sino que otro de los géneros populares de la época, la novela sentimental destinada a las mujeres, inspiró una parte muy considerable de su obra, la cual constituye, como pronto se verá, un problema no solucionado.

En 1855 publica Ibo Alfaro una obrita titulada *El orgullo y el amor* y en 1857 aparece en el Folletín de *Las Cortes*, y a continuación en *El Semanario Pintoresco español*, *Una violeta*, reimpresa de nuevo, en 1858, en una colección que lleva por título «El jardín del bello sexo», junto con *Flora y Sofía o El cementerio de mi pueblo*, *La odalisca de los laureles* y *Malditas sean las mujeres*, novela esta última de gran éxito, tanto en la Península como en América, según de-

muestran las reimpresiones de 1859, 1865, 1873, 1881, 1896, 1902, etc. Posteriormente, cuando retoma su actividad como novelista tras sus aventuras editoriales y sus investigaciones históricas, además de las ya mencionadas dos novelas históricas, Ibo Alfaro comienza a publicar de nuevo una serie de novelas de tema sentimental dirigidas a un público femenino, como son: *La sepultura de las flores o La mano de la Providencia* (1868), *La casa del duende* (1870), *Vivir es amar* (1875), *La niña del jardín o La vanidad de una madre* (1876), *La cruz y la golondrina* (1877), *El corazón de una mujer* (1881), y *La hermana de la Caridad*, aparecida poco antes de su muerte, en 1885.

No obstante, a partir de 1902, un editor barcelonés llamado José Lezcano Comendador, comienza a publicar en una colección llamada «Biblioteca Tragi-Romántica», y después en la «Biblioteca del Amor», hasta treinta y ocho títulos de «novelas originales» de Ibo Alfaro, o «I. A.», que tanto Florentino Zamora Lucas, como el *Diccionario bibliográfico de autores riojanos* —coordinado por M.^a Pilar Martínez Latre—, y otros autores, como el propio Julián Bravo Vega, han dado por supuesto que se trata de obras que adquirió manuscritas el citado editor.

Sin embargo, un somero análisis de los textos indica que, en la mayoría de los casos, estas novelitas no pueden pertenecer a un autor muerto en 1885. O se trata de textos profundamente

«adaptados», o han sido escritos –lo que me parece más probable–, en el siglo XX, como evidencian la presencia de automóviles y tranvías, la descripción de algunas ropas masculinas y femeninas, las indicaciones del crecimiento de algunos barrios de Madrid, etc.

No creo que sea el desconocimiento de dichos textos lo que haya impedido a Julián Bravo Vega mencionar este problema, por lo cual resulta más sorprendente la ambigüedad y la cautela con la que escribe las páginas dedicadas a estas obras –que, naturalmente, incluye en su catálogo–, a pesar de que admite (pp. 29-30), que «la autoría de Ibo se difumina, llegando a admitir que I. A. [iniciales del autor en estas colecciones] es disfraz del propio José Lezcano Comendador. A ello contribuyen, además, hechos como la catalogación de trece ejemplares de esta serie, que se hallan en la Biblioteca Nacional de Madrid, a nombre del librero catalán».

Para Julián Bravo «el proceso, que va de la escritura no datada de las obras por Ibo, de su posible impresión folletinesca y, por fin, de su edición por Lezcano, es una incógnita». Pero yo creo que los doce títulos citados más arriba constituyen el conjunto de novelas sentimentales que, con seguridad, escribió Manuel Ibo Alfaro, aunque admito la posibilidad de que dejase inédita alguna otra, cuyos derechos adquiriese Lezcano de la viuda de Alfaro, Adela Cano Lacalle, quien desdeñó la obra literaria de su esposo,

como demuestra el depósito que realizó en el Registro de la Propiedad Intelectual, el 9 de diciembre de 1885, que tan solo incluye las obras didácticas, de historia y de viajes.

Así pues, considero lo más lógico, a la vista de estos textos, que, tras el éxito de las ediciones póstumas de *La sepultura de las flores*, *La casa del duende*, *La mora encantada* y *Malditas sean las mujeres*, Lezcano viera un negocio en la edición de obras del autor riojano y, él mismo, o escritores de su «taller», escribiesen nuevas obras adaptadas a los gustos y mentalidad de las mujeres a quienes iba destinada la colección. El poco interés mostrado por la viuda hacia las novelas de Manuel Ibo Alfaro, su posterior ingreso en la orden religiosa de María Inmaculada y el hecho de no haber dejado hijos, facilitaron, sin duda, la utilización del nombre, o mejor, de las iniciales I. A., por parte de Lezcano, para la edición de una serie de novelas «descendientes» de *Malditas sean las mujeres*, tales como *Maldito sea el amor* (s.a.), *Malditas sean las suegras* (1902), *Malditos sean los celos* (1927), *Malditos sean los hombres* (1904), así como otra serie con los siguientes títulos: *Por qué murmuran las viejas* (1905), *Por qué pecan las mujeres* (1905), *Por qué reinciden las viudas* (1905), *Por qué se casan las mujeres* (1905), y *Por qué se casan los hombres* (1905). A los que habría que añadir otros sueltos tan significativos como *La vendedora de caricias*, *La viuda alegre*, *Arte de buscar mari-*

do, *Calvario de amor*, *El infierno de los hombres*, *El purgatorio de las solteras*, *La corte del amor*, *Las obreras del amor*, *Las hijas del champagne*, o *Pasionarias de amor*.

Estos y otros títulos, hasta treinta y ocho, habrían hecho de Manuel Ibo Alfaro no sólo uno de los más prolíficos, sino también de los más contradictorios autores de este subgénero, pues entre estas obras las hay de un machismo militante y desconsiderado así como de lo que podríamos considerar como un feminismo incipiente y ramplón.

Admite Julián Bravo que «los esquemas melodramáticos y las fórmulas repetitivas propias del género quedan patentes ya en los propios títulos, concebidos a modo de series que han salido de *un taller de escritura común*» (p. 22. El subrayado es mío), pero no se plantea seriamente la duda de la autoría y de la fecha de escritura, sino que apunta que «la parte sustancial de las obras hubo escribirse entre 1860-1880» (p. 23), a pesar de los datos internos que lo desmienten en la mayoría de los casos, y atribuye a la «capacidad de Ibo» este «proyecto narrativo, basado en el traslado de arquetipos románticos simplificados a la burguesía urbana», que refunde, sin fracturas, «las corrientes que facilitan la evolución del Romanticismo hacia las tendencias narrativas de fin de siglo».

Considero que, a falta de un estudio completo que permita establecer con exactitud la totalidad de la

obra original de Manuel Ibo Alfaro Lafuente, es preferible atenerse a los títulos publicados por él, aun admitiendo que pudiese dejar alguna novela inédita que se encuentre entre las de las colecciones de Lezcano.

Por lo que respecta a sus novelas históricas, impecable me parece el estudio de Julián Bravo, indiscutible el establecimiento de sus fuentes documentales y las consideraciones acerca de sus características específicas, que dan como resultado «un relato histórico especializado en la materia árabe, dotado de colorismo local y fervor religioso, y dirigido a un público femenino y juvenil, que queda implicado mediante diversas fórmulas de interpelación» (p. 35).

Manuel Ibo Alfaro responde en estas narraciones a un gusto y una demanda formados en el período romántico, que continúan a lo largo de todo el siglo XIX, si bien transformados a partir del realismo y el naturalismo, e impulsados también extraliterariamente por el interés despertado por el desarrollo de la arqueología, ya instituida como disciplina autónoma, al tiempo que el estudio riguroso de las fuentes documentales escritas experimenta un fuerte impulso.

Lo que caracteriza a Ibo Alfaro, no obstante, es su permanencia en unos postulados pertenecientes al pasado, y llama poderosamente la atención que en 1856, en una carta publicada en *El Semanario Pintoresco Español*, y recogida por Julián Bravo,

declare lo mismo que había expresado López Soler en el prólogo a su novela *Los bandos de Castilla o El caballero del cisne*, cuando estaba intentando aclimatar en España el género de novela histórica creado por Walter Scott: «Ojalá que mi humilde ensayo [se refiere a *La Virgen del Monte*] (...) Estimulara a los jóvenes que vienen detrás de nosotros a cantar las glorias de nuestra adorada patria, separándose del trillado sendero de las traducciones que apaga la inspiración y mata la literatura nacional».

Es cierto que la calidad de las novelas históricas románticas de los autores españoles no alcanzó, en líneas generales, la de sus referentes extranjeros, pero en 1856, después de haber aparecido las novelas históricas de Trueba y Cossío, Ramón López Soler, Estanislao de Cosca Vayo, Mariano de Larra, José de Espronceda, Patricio de la Escosura, García de Villalta, Martínez de la Rosa y Enrique Gil y Carrasco, entre otros, resultan algo fuera de lugar las palabras del escritor riojano.

A mi parecer, lo que otorga mayor interés a Ibo Alfaro es su ubicación intermedia entre los autores de novela histórica erudita del segundo período (F. J. Simonet, R. Amador de los Ríos, Castelar...), y los autores de folletines históricos (Fernández y González, Ayguals de Izco, Pérez Escrich, Ortega y Frías...), porque, como explica Julián Bravo, «la obra de Ibo acaba equilibrando ambos extremos al convertirse en relato nacional documentado concebido a la manera

de folletín» (p. 36); y, sobre todo,» la incorporación de recursos propios de la narrativa sentimental, la presencia destacada de un receptor femenino y las intromisiones didácticas, morales e, incluso religiosas del autor-narrador» que, aun restándole, en mi opinión, calidad a las obras, «descubren la elaboración de una “novela histórica romántica” muy peculiar, destinada al adoctrinamiento de las señoritas posrománticas» (p. 39).

En su segunda etapa como novelista, que corresponde a la restauración borbónica y, por tanto, al período de la gran novela realista, Ibo Alfaro se incorpora a la nómina de historiadores novelistas de la que podemos considerar segunda etapa de la novela histórica con una característica muy peculiar: divulgar el conocimiento de la historia entre «un público lector singular, la mesocracia femenina» (p. 46).

A este presupuesto responde *La flor de Marruecos*, a cuya edición antecede el estudio de Julián Bravo que estamos reseñando, en la que Ibo, ya formado como historiador, ha proporcionado a la historia «los elementos de técnica literaria necesarios para que el relato histórico se convierta en novelable» (p. 46), y ha subrayado aspectos y elementos sentimentales, como los amores de Abderramán con Howara, con la separación de los amantes y su reencuentro, propios de la novela destinada al codiciado público lector femenino.

El estudio que realiza Julián Bravo de *La flor de Marruecos* (pp. 48-

71), me parece impecable, bien estructurado e inteligentemente hecho, y, por tanto, fundamental para comprender esta tendencia poco conocida y estudiada de la novela histórica española del siglo XIX, ya que amplía el panorama tanto de este género como el de la literatura destinada a las mujeres. Especialmente significativo me parece, por ejemplo, la elección de un título que remite a la ficción sentimental en lugar de hacer referencia al tema histórico central de la novela: la huida de Abderramán I de Damasco hasta España y la fundación del califato andalusí, tema que, en la estructura de la obra, tiene una presencia dominante. O la utilización de fórmulas de interpelación a un «lector» indeterminado en el discurso histórico y a unas «hermosas lectoras» en el discurso sentimental que, definitivamente se convierten en las receptoras de la obra, como evidencia su frase final.

Esta edición, la primera desde la de 1875 (Madrid, Imprenta de Santos Laxé), destaca por el excelente aparato de las notas al texto, en las que Julián Bravo combina la información complementaria al pasaje tratado con la explicación de voces y la exposición de la fuente utilizada o literaturizada en cada ocasión, lo cual, combinado con el estudio previo, la convierte en lectura obligada para los estudiosos de la novela histórica española y de la literatura para mujeres.

MARGARITA ALMELA

BRINCOURT, ANDRÉ (1997) *Langue française terre d'accueil*. Editons du Rocher, 252 págs.

Este ensayo, publicado oportunamente en vísperas de la cumbre de la francofonía de Hanoi (noviembre de 1997), no es una historia de la literatura francófona, como podrían serlo los trabajos de Gérard Tougas (*Les écrivains d'expression française et la France*, 1964, reeditado en 1973) o Jean-Louis Joubert (*Littérature francophone: anthologie*, 1993), sino un «atestado» (un *constat* en palabras de su autor) de los numerosos escritores francófonos contemporáneos originarios de fuera de Francia, *venus d'ailleurs*. En un momento de pérdida de influencia y vigor por parte de la lengua francesa en el mundo, la literatura del país vecino se enriquece con la aportación valiosísima de numerosos escritores de origen extranjero, lo que le permite a André Brincourt afirmar que: «[...] en face d'une Francophonie qui perd du terrain, il en existe une qui a gagné le sien». Muchos de ellos han recibido en los últimos años los más variados galardones por parte de su país adoptivo: un sillón en la Academia francesa, como el argentino Bianciotti, otro en la no menos prestigiosa Academia Goncourt, como el español Semprún, los premios Médicis (el griego Alexakis), Goncourt (el ruso Makine), Renaudot (el croata Patrick Besson), etc. ¿Quiénes son estos forasteros, estos «métèques» que escriben en francés? Todos aque-